



001916

HOMILIA PRONUNCIADA POR MONS. ALEJANDRO GOIC, OBISPO AUXILIAR DE CONCEPCION
CELEBRACION LITURGICA POR LOS 19 HERMANOS MUERTOS EN LAJA
PARROQUIA SAN JOSE -27-NOVIEMBRE-1979 - 10 HORAS. CONCEPCION

Hace casi 17 siglos un hombre, ardoroso, lleno de vida generosa, valiente, fue llevado al suplicio. Era un hombre lleno de amor. Amaba la verdad, amaba la justicia, amaba la libertad, amaba a Jesucristo.

No lo soportaron. Planearon eliminarlo. Ordenaron ejecutarlo como a un vil criminal. Creyéndolo muerto lo abandonaron. Pero se recuperó. Y siguió amando y luchando. Tomado prisionero de nuevo lo condujeron ante el amo del mundo de la época, Diocleciano, Emperador de Roma.

Asustado el Emperador al ver y escuchar al que ya creía muerto, le pregunta: ¿Eres tú? ¿El mismo que mandé matar? ¿Cómo? ¿No te mataron? ¿Cómo puede ser que estés todavía vivo?

El joven valiente y seguro de su verdad, respondió:

"Porque mi Señor Jesucristo quiso conservarme la vida, para dar a todo el pueblo un testimonio de la verdad de nuestra fe y de la crueldad de ustedes. Ustedes que persiguen sin razón a los santos, a los que son justos y sin crímenes. No sigan este camino si quieren vivir en paz y asegurar días largos y prósperos a su Imperio, no derramen más la sangre inocente".

El emperador furioso ordena una nueva ejecución que termina con el joven. Ese hombre era el Capitán de la Guardia Imperial Sebastián y que los creyentes veneramos y amamos como Santo en el Santuario de Yumbel.

Quiso el Señor que, precisamente en ese lugar, donde el pueblo fiel y sencillo venera la valentía y santidad de Sebastián se hiciera en parte la luz y la verdad tan intensa y dolorosamente buscada.

Y desde la Historia sus palabras cobran actualidad aquí y ahora para decir "no sigan este camino si quieren vivir en paz. No derramen más la sangre inocente".

Hemos llegado hoy a esta casa de oración para orar con esperanza junto a ustedes, madres, esposas, hijos, familiares de estos seres tan queridos a quienes hoy tenemos - por lo menos - el consuelo de dar cristiana -

sepultura y ante quienes podremos depositar la ofrenda de una sencilla - flor, expresión de nuestro amor y de nuestro dolor.

Hemos llegado para pedirle al Señor de la Historia y de los Tiempos, a Jesús Resucitado, vencedor de la muerte y del odio, de la opresión y de la injusticia, que reafirme en nosotros la fe en el re-encuentro con nuestros queridos familiares en su Reino de Amor y de Verdad, para que se cumpla en ellos la sentencia bíblica recién escuchada "los justos brillarán como el resplandor del firmamento. Los que enseñaron a muchos la justicia, brillarán como las estrellas por toda la eternidad (Daniel 2, 3)

Hemos llegado a pedir que toda la angustia y sufrimiento de estos - seis largos y dolorosos años, no sea estéril. Que este dolor tan profundo sea fecundo. Fecundo como el dolor del Crucificado, que en la Cruz, - humillado y ultrajado al extremo, reinviende para siempre la dignidad - profunda del hombre. Fecundo como el dolor del Crucificado que muere para dar vida.

Hemos llegado a pedir, a pesar de todo, el don de la esperanza. "No teman - nos dice Jesús - yo he vencido al mundo. "Su tristeza se convertirá en gozo".

Hemos llegado a encontrarnos con Jesús que sintió en su persona el desprecio y el odio, a que El nos señale el camino del amor, del perdón, de la paz, de la justicia, de la luz, de la verdad.

Hemos llegado a orar por la vida, por toda vida humana. Para que nunca jamás otras madres, esposas, hijos, sufran esta desgracia y esta - angustia. Para que esta tierra sea de respeto y de bendición para todos, particularmente para los pobres y débiles.

Hemos llegado para dar gracias por el coraje y el valor en la lucha sostenida por saber la verdad, por vivir la verdad - por amarga que ella sea - como único camino de libertad, de reconciliación, de paz.

Hemos llegado para dar gracias desde lo íntimo de nuestro corazón - al Dios de la Historia por la capacidad de perdón que hizo nacer en el corazón de ustedes y que es esperanza cierta de un mañana mejor, más justo y más humano, más fraterno y más solidario.

Hemos llegado para agradecer a Dios la responsabilidad y seriedad - de un juez que buscó con responsabilidad y honestidad profesional servir la verdad.

Hemos llegado para escuchar de Jesús sus palabras, las únicas que vividas realmente, hacen libres de verdad:

"Felices los que lloran porque recibirán consuelo... felices los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados... felices los compasivos porque obtendrán misericordia... felices los que trabajan por la paz porque serán reconocidos como hijos de Dios... felices los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el Reino de los cielos...

Pero también Hermanos en esta mañana queremos reafirmar con Jesús - nuestro compromiso por la vida.

Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro llora. El Hijo de Dios, el - Eterno, el Señor de Todo, de la Historia y de los tiempos, llora. Su humanidad sensible se estremece ante la muerte. El viene a doblegarla. El - viene a superar la muerte bajo todas sus formas. El es Camino, Verdad y - Vida. El viene a dar la Vida... El es Señor de vivos, no de muertos. Ora a su Padre. Clama y al imperio de su voz, "Lázaro, sal fuera", el muerto vuelve a la vida. Signo anticipado de su triunfo definitivo sobre la muerte que obtendrá con su resurrección.

Su resurrección inaugura una nueva vida, un reino nuevo. Un reino - al que están llamados todos y cada uno de los hombres. Su triunfo sobre la muerte ha divinizado al hombre.

A la luz de esta verdad de amor y de vida sobre el hombre, queremos expresar con tranquila serenidad, pero a la vez exigir con profunda energía que nunca jamás vuelvan a repetirse en nuestra historia ciudadana hechos de esta naturaleza que destruyen toda convivencia y hacen imposible la fraternidad y la paz.

Queremos que el respeto y la dignidad de todos los hombres y de todo el hombre se realice en nuestra Patria.

Queremos una seguridad que respete la esencial dignidad del hombre - imagen y semejanza de Dios - y que ninguna, absolutamente ninguna situación excepcional puede anular. Es bueno aquí recordar lo que con fuerza de Pastor proclamó Juan Pablo II recientemente en la Organización de Estados Americanos:

"Aunque tales dificultades y experiencias pueden exigir a veces medidas excepcionales y un cierto período de maduración en la preparación de nuevos avances, en la distribución de responsabilidades, ellas nunca jamás justifican un ataque a la dignidad inviolable de la persona humana y a los derechos auténticos que protegen su dignidad.

"Si ciertas ideologías y ciertas formas de interpretar la legítima preocupación por la seguridad nacional dieran como resultado el subyugar al Estado el hombre y sus derechos y dignidad, ellas cesarían, en la misma medida, de ser humanas y sería imposible compaginarlas con un contenido cristiano (sin una gran decepción).

"En el pensamiento de la Iglesia-prosigue el Papa - es un principio fundamental que la organización social ha de estar al servicio del hombre y no viceversa. Esto es válido también para los más altos niveles de la sociedad, donde se ejerce el poder de coerción y donde los abusos, cuando los hay, son particularmente serios.

"Además, una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados, porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa; a medida que se va haciendo cada vez más rígida, mostrará síntomas de creciente debilidad y de una ruina inminente", concluye el Papa.

Queremos promover y defender, pues, con pasión la dignidad del hombre, único camino posible para construir una paz estable y justa. Queremos que las relaciones entre los hombres se den en la verdad, pues sólo ella hace hombres libres.

Queremos comprometernos en la construcción de un mundo mejor, no haciéndonos cómplices con el silencio cobarde de los signos de muerte que hieren y ofenden a la persona humana.

"Profesanos que todo hombre y toda mujer, por más insignificantes que parezcan, tienen en sí una nobleza inviolable que ellos mismos y los demás deben respetar y hacer respetar sin condiciones; que toda vida humana merece por sí misma, en cualquier circunstancia, su dignificación (Puebla 317).

Queremos realizar en nuestras vidas la palabra de Jesús, "de hacer a los demás lo que queremos que hagan con nosotros".

Queremos en una palabra, ser constructores de una civilización del amor, vivir nuestro paso por la historia humana, siendo fieles al Señor de la Vida, a Jesús, Hijo de Dios.

Queremos invitar a todos los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad a que protejan siempre y en todo lugar la vida, a respetar por sobre todo otro valor al hombre, cualquiera sea su condición, a respetarlo y amarlo como lo respeta y ama Jesús.

Cristo Resucitado que tu amor redentor purifique a estos hermanos - nuestros de todo pecado y que participen en tu Reino para siempre de la - Vida que no acaba.

María Madre de Jesús y Madre nuestra, mantén en nuestros espíritus la llama de la Esperanza y que salgamos de esta oración con más amor, paz, con más amor a la vida y a la justicia.